



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La guerra de 1847: lecciones para la posmodernidad

Autor: Ortiz Monasterio, Luis

Forma sugerida de citar: Ortiz, L. (1997). La guerra de 1847: lecciones para la posmodernidad. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 133-138.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA GUERRA DE 1847: LECCIONES PARA LA POSMODERNIDAD

Por *Luis* ORTIZ MONASTERIO  
CÓNSUL GENERAL DE MÉXICO  
EN MIAMI

**P**OCOS ACONTECIMIENTOS han contribuido a la formación de nuestro inconsciente colectivo como esa prematura confrontación bélica con la república septentrional.

Desde entonces, la lección subyacente se centra en las consecuencias nefastas de nuestra falta de unidad, como elemento definitorio de la derrota, y de la ulterior pérdida del territorio, frente a la joven y briosa república anglosajona.

La tragicómica sucesión de asonadas, cuartelazos, pronunciamientos o abiertas traiciones es el telón de fondo de este conflicto militar que confrontó a dos naciones, no sólo separadas por fronteras indefinidas, por desiertos desolados, sino contrastadas por sus proyectos nacionales, por sus percepciones teológicas y por desiguales cargas históricas. Adicionalmente, México tenía, para entonces, alrededor de 8 millones de habitantes y Estados Unidos, 21.

1

**L**A simple revisión de la literatura de época no deja de provocarnos una sensación de impotencia, muy especialmente cuando nos adentramos en el laberinto de las conjuras.

Ya es lugar común referirse al triste papel desempeñado por Mariano Paredes y Arrillaga, quien al serle encomendado el mando del ejército, integrado a duras penas para combatir a los norteamericanos acantonados en Texas, aprovechó las tropas para pronunciarse contra el gobierno, en diciembre de 1845, y ocupar así la silla presidencial.

Lo mismo sucedió cuando las tropas al mando del general Rafael Téllez, destinadas a defender las Californias, se sublevaron en

Mazatlán contra el mismo presidente Paredes, en mayo de 1846, y dejaron a merced del enemigo aquellos territorios.

La desunión fue más que evidente durante las mismas hostilidades. Sólo 7, de los 19 estados que integraban la Federación, contribuyeron con hombres y recursos a la lucha contra el invasor.

De las muchas revueltas, pronunciamientos, asonadas y traiciones que caracterizaron a nuestra naciente república, sobresale la intriga de Santa Anna desde su exilio habanero. En efecto, el almirante Alex Slidell Mackenzie fue enviado a Cuba por el presidente Polk, ya declarada la guerra, para llegar a un acuerdo con el multi-dictador.

Algunos días después el comodoro Conner, jefe de operaciones de bloqueo de los puertos del Golfo, obedeciendo instrucciones de sus superiores, permitió la llegada de Santa Anna a Veracruz.

La celeridad del avance norteamericano en México sería impensable sin la ayuda que le brindaran las muy variadas escisiones internas. El estado de Tabasco se rebeló contra el gobierno de la Federación y, de plano, Yucatán se declaró neutral en la contienda.

Entre los ejemplos más vivos de la inmadurez nacional se encuentra el caso de la División de Oriente, formada con enormes sacrificios para la defensa de Veracruz. Ya congregadas las tropas, el general Matías de la Peña Barragán se sublevó contra el gobierno de la república, en lo que se llamó el Pronunciamiento de los Polkos, ocurrido en la Ciudad de México del 26 de enero al 22 de marzo de 1847.

Este movimiento se convertiría, a la larga, en el prototipo de las divisiones internas, precisamente frente a las tropas invasoras. Algunos aseguran que lo de Polkos procedía de las *polkas*, en el fondo, le hacían el juego al enemigo, al presidente James K. Polk.

Tal vez el ejemplo más plástico y grotesco de colaboracionismo con el enemigo lo dio el famoso bandolero Manuel Domínguez, salteador de caminos y vendedor de protección, primero a ricos comerciantes y, después, al ejército de ocupación. Por módicos dólares puso a disposición del invasor su banda de asaltantes.

El general Scott contrató a doscientos de ellos para ser integrados en sus compañías y operar bajo sus órdenes, a cambio del pago de veinte dólares mensuales.

Este puñado de hombres tuvo un importante papel antiguerrilla, como informante de los planes enemigos (de sus paisanos) y como provocador de agitación y espionaje.

EL natural sentido de autoflagelación ha sido, por su parte, responsable del mermado interés de historiadores y analistas sobre las condiciones en las que Estados Unidos desarrolló su primera gran guerra extranjera. Así, nuestro país ha vivido permanentemente una percepción falsa del verdadero carácter de nuestros vecinos.

Nuestra contraparte es considerada, muy a menudo, como un ente integrado y coherente, *deus ex machina*, como un solo cuerpo, sobre todo cuando está de por medio su interés nacional.

Nada más falso.

Nuestro vecino septentrional, nuestro enemigo y verdugo primero, nuestro vecino distante después y hoy socio comercial, es una entidad dinámica y contradictoria en sí misma. En la capacidad que tengamos para descodificarla va de por medio nuestra supervivencia como sociedad independiente.

La guerra en que se vio envuelto nuestro país en 1847-1848 nos es rica en ejemplos de los titubeos, divisiones, partidismos, pequeños celos personales y perfidias múltiples de la república que clarito se perfilaba con vocación expansionista y planetaria.

El destino manifiesto no era tan evidente para todas sus partes. Sus propios generales no sabían, en sus inicios, que se gestaba una guerra de conquista. El general Winfield Scott creyó en un principio que se trataba de una simple guerra defensiva para asegurar la frontera de la Texas rebelde.

Por lo que se refiere a las diferencias, conflictos internos, intrigas congresionales, celos militares, la Guerra de 1847 es una lección permanente que es válida aún en nuestros días de la llamada posmodernidad.

Son notables y ampliamente conocidas las diferencias, intrigas y celos entre el presidente Polk y su secretario de Estado Buchanan, a quien acusó a menudo de deslealtad en temas de política interna, muy especialmente en el caso de nombramientos de jueces de la Suprema Corte. En plena guerra con México, la desconfianza mutua entre presidente y canciller culminó en amagos de renuncia por parte de Buchanan. En junio de 1846, el asunto de Oregon envenenó aún más esta difícil relación política.

El propio desembarco en Veracruz, operación considerada por la historiografía militar norteamericana como la Normandía del siglo XIX y el primer desembarco anfibio norteamericano, no estuvo

exento de fricciones entre los diversos cuerpos del ejército expedicionario.

En efecto, la toma de este puerto significaba para los norteamericanos la apertura de un frente más eficaz para acceder a la Ciudad de México por medio de la Carretera Nacional.

El general Scott requirió el aporte tanto del ejército como de la armada para el primer antecedente al asalto de Dunkerque. Pidió 50 buques y 15 000 hombres. En vista de que operaciones anfibas de este tipo y a escala no tenían precedentes, hubo dos efectos: el primero, la construcción de buques especiales para el desembarco. Se construyeron *ad hoc*, 141 a 795.00 dólares cada uno.

La otra consecuencia de este inusual instrumento de guerra, que requería coordinación entre el ejército y la armada, fue obvia al confrontar al prestigioso general *whig* con el secretario de Marina George Bancroft.

Los actos de exceso de poder no son, desde luego, patrimonio del mundo hispano-católico. El mismísimo presidente Polk, alarmando ante el creciente prestigio militar de sus generales en México (Scott y Taylor) trató de encontrar la forma de deshacerse de estos militares del más alto escalafón. Llegó el momento en que solicitó al Congreso la creación de un grado superior al de general del ejército, que estuviera sobre sus dos generales de la aventura mexicana, como general en jefe.

El nombramiento recaería en un amigo suyo, civil, su asesor personal y senador por Missouri, Thomas Hart Benton. Triunfó el sentido común y, aun cuando la Cámara Baja favoreció la idea, el presidente fue convencido de su error por sus amigos demócratas en el Senado.

El diferendo más sobresaliente se encuentra entre el presidente Polk y el comisionado Nicholas Trist. Este último, no sólo negoció el tratado después de haber sido destituido por su presidente, sino que durante la negociación final aceptó que el territorio en disputa con Texas, al sur del río Nueces, era parte integrante del estado de Tamaulipas cuando el estado de la Estrella Solitaria declaró su independencia.

Su postura, que a la larga fue rechazada por el presidente Polk, implicaba el reconocimiento de que la Guerra de 1847 era una guerra injusta, ya que la declaración de guerra en 1846 fue motivada "por el derramamiento de sangre americana en territorio americano". El presidente Polk se refería al ataque a una patrulla norteamericana al norte del Río Bravo y al sur del Nueces.

DURANTE muchos años nuestros autores han documentado ampliamente nuestras divisiones y fracasos en esta guerra que nos encontró más que inmaduros y sin un genuino espíritu de conciencia nacional.

Parece fundamental hoy, en estas horas de cambio, resaltar el carácter conflictivo y contradictorio de nuestro vecino septentrional.

A diferencia de nuestra cultura hispánico-católica, con fuerte ascendiente precolombino, el norte proviene de una cultura política más habituada a la resolución de sus diferendos. Expertos en el *compromise*, la negociación, el acuerdo, el consenso.

La percepción de la cultura monolítica, amparada en la unicidad que se percibe desde el sur, nos inhibe en el entendimiento de una sociedad que maneja las antítesis siempre a su favor.

Tentados siempre a trasladar al norte nuestra propia cosmovisión centralista, percibimos a esa nación como si fuera otra pirámide.

Ellos, a su vez, herederos de una cultura política distinta (ni mejor ni peor, sólo diferente), contrastan con nosotros por nuestro centralismo proverbial.

Muy a menudo es difícil entender que, en los Estados Unidos, el poder no está en la Casa Blanca, y ni siquiera en Washington. El poder está disperso, diluido, atomizado entre estados, regiones y condados.

Para colmo, el verdadero poder no sólo se encuentra dividido en la más vieja tradición roussoniana, en Legislativo, Ejecutivo y Judicial, en un federalismo efectivo y a veces irritante, en divisiones administrativas y subregionales apenas perceptibles; el poder se encuentra entre fundaciones, consorcios, grupos de acción política, grupos de interés, medios de comunicación, para no hablar de Iglesias e incontables grupos ciudadanos.

Este amplio abanico, base de la fuerza del poder norteamericano, es también su flanco débil frente a un vecino bien informado y sagaz.

Una sociedad abierta, orgullo muy legítimo del norte, conlleva para el sur oportunidades sin límites. Acostumbrados a la secrecía y la información privilegiada en nuestro medio, nuestros académicos, empresarios y diplomáticos encontrarán abundante información que puede y debe usarse a favor de aquella nación que, per-

diendo la Guerra de 1847, empezó a sembrar la semilla de la identidad nacional.

Es por lo mismo que a menudo sorprenden los manidos argumentos de la gobernabilidad en México. Como limitando al buen gobierno con la unanimidad.

Nuestro vecino acaso nos sirva de referencia en el sentido de que la democracia es el manejo de la contradicción en forma cotidiana.

En el caso de la Florida, el gobernador no sólo tiene que lidiar con un Congreso rival, sino que todos los días, en sus oficinas de Tallahassee se enfrenta a su propio gabinete, formado por funcionarios electos y miembros del partido de oposición. En eso consiste precisamente la democracia, en la fricción en corto con los contrarios.

Si en el año de 1847 perdimos la guerra, hoy, ciento cincuenta años después, en plena etapa de dolorosa recomposición global, podemos aprender a negociar con cada una de las mil partes que en su totalidad conforman a los Estados Unidos. Debemos aprender a vivir y a coexistir con una contraparte poderosa pero abierta. Para confrontar, en ajedrez histórico, a esta primera potencia material del mundo, requerimos más que nada lograr nuestra propia unidad nacional, la verdadera, la basada en el principio de que todos vamos en el mismo barco, y no aquella que concentra las ganancias y distribuye las pérdidas. Fuertemente pertrechados con nuestra tan pospuesta democracia, podremos, con éxito con el tablero de enfrente, jugar de frente a una contraparte que está muy lejos de ser un monolito impenetrable.

El regreso de lo perdido parece antihistórico. Habrá que aprovechar su vecindad y, con madurez, demostrar que la vieja historia no nos inhibe para crear una relación fértil entre dos vecinos que están llamados a coexistir y convivir, para siempre.